

Les autores i autors d'Asterisc Agents han triat un fragment d'alguna de les seves obres amb la voluntat de fer més passadors aquests dies de reclusió forçada.

#Asteriscsquedaacasa
#Cadadiaunfragment

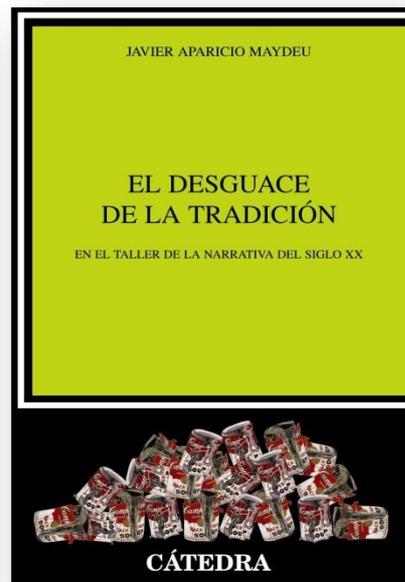
Javier Aparicio Maydeu

El desguace de la tradición. En el taller de la narrativa del siglo XX
(Cátedra, 2011)

EN PARAULES DE L'AUTOR

“Vaig escriure aquest text el 2011 perquè el meu estudi havia de disposar d'una visió fotogràfica, injectable, global i immediata del convuls segle XX. I la vull compartir amb vosaltres precisament ara que el segle XXI ens ha donat la primera prova fefaent que el món segueix sent igual de fràgil... Cuideu-vos molt.”

Javier Aparicio Maydeu



Imaginen que al lector le han vendado los ojos, no sabe dónde está, se mueve a tientas por las páginas del texto, trata de deducir qué sucede, ahora lee una frase que parece del narrador, a la que le sigue otra que se diría, en cambio, del protagonista, advierte que lo que lee que ha sucedido ya lo había leído páginas atrás, pero repara en que tal vez entonces el narrador de ese mismo suceso era distinto. Se siente perdido en una casa encantada. Palabras inconexas se suceden como ráfagas de ametralladora acibillando el texto, repeticiones, metáforas e imágenes excéntricas hacinadas en un claustrofóbico monólogo interior que el lector no sabe aún que es un monólogo interior. De la autopista interestatal en la que el coche rojo de Jim avanza veloz hacia Kansas City para asistir a un partido de la NBA en el capítulo quinto pasa, desconcertado, al capítulo sexto, en el que le espera la descripción de los preparativos para el vuelo de un bombardero americano sobre la ciudad de Dresde en la Segunda Guerra Mundial, y se asombra en el capítulo octavo porque ha perdido de vista a Jim y al bombardero y en cambio lee un párrafo en el que un héroe de cómic sobrevuela Manhattan para ahuyentar en el cielo a las gigantescas moscas azules que se empotran una tras otra contra los ventanales de los rascacielos. No sabe si está leyendo un sueño de Jim o si se le está describiendo, en clave alegórica o de ciencia-ficción, ¿el bombardeo de Dresde sobre Nueva York? Los personajes no le han sido presentados, apenas si se están presentando a sí mismos. El lector deduce, ordena, relaciona y, sobre la marcha, aprende que el proceso de lectura va a resultarle mucho más complejo de lo que se imaginaba. Se siente menos competente, cuando no incompetente si bien, si tiene paciencia y se esfuerza en ver cómo está construido este artefacto narrativo que ya se ha dado cuenta de que no es mimético-realista, disfrutará igual. Nuestro lector está inmerso en la lectura de una narración contemporánea que no sigue los cánones de la poética mimético-realista tradicional, y aún no sabe que la complejidad del texto que tiene entre manos es directamente proporcional a la libertad del autor que lo ha escrito, que no obedece ya sino a su libre albedrío,

¹⁶ René Magritte, "Pintura 'objetiva' y pintura 'impresionista'", *Escritos*, Síntesis, Madrid, 2003, pág. 143.

como quiso Virginia Woolf, quien constataba que en el caso de un texto narrativo del realismo tradicional:

El escritor parece constreñido no por su libre albedrío, sino por algún tirano poderoso y sin escrúpulos que lo tiene cautivo para que ofrezca una trama, humor, tragedia, el componente romántico y un aire de verosimilitud que embalsama el conjunto tan impecablemente que si todas sus figuras cobraran vida, se encontrarían vestidas hasta el último botón de sus abrigos a la moda del momento. Se obedece al tirano; la novela se hace a la perfección. Pero a veces, cada vez con mayor frecuencia a medida que pasa el tiempo, sospechamos que hay una duda momentánea, un arrebato de rebeldía mientras las páginas se llenan como de costumbre. ¿Es así la vida? ¿Deben ser así las novelas? Miremos dentro y la vida, al parecer, se halla muy lejos de ser "así". Examinemos por un instante una mente corriente en un día corriente. La mente recibe un sinfín de impresiones: triviales, fantásticas, evanescentes o grabadas con afilado acero. Llegan de todos lados, una lluvia incesante de innumerables átomos; y al caer, al tomar forma como la vida del lunes o el martes, el acento recae de modo distinto que antaño. El momento de importancia no venía aquí sino allí; de manera que si un escritor fuera un hombre libre y no un esclavo, si pudiera escribir lo que quisiera, no lo que debiera, si pudiera basar su obra en su propia sensibilidad y no en convenciones, no habría entonces trama, ni humor, ni tragedia, ni componente romántico ni catástrofe al estilo establecido, y quizá ni un solo botón cosido como lo harían los sastres de Bond Street. La vida no es una serie de lámparas de calesa dispuestas simétricamente; la vida es un halo luminoso, una envoltura semitransparente que nos recubre desde el principio de la conciencia hasta el final. ¿No es el cometido del novelista transmitir este espíritu cambiante, desconocido e ilimitado, cualquiera que sea la aberración o la complejidad que pueda mostrar, con tan poca mezcla de lo ajeno y lo externo como sea posible? No estamos simplemente suplicando coraje y sinceridad; estamos sugiriendo que la materia prima adecuada de la narrativa difiere un poco de lo que la costumbre pretende que creamos [...]. El problema que se le presenta al novelista en la actualidad es arreglárselas para tener la libertad de relatar lo que le plazca. Debe tener el valor de decir que lo que más le interesa ya no es 'esto', sino 'eso'. [...]. Para los modernos, 'eso', el asunto de interés, radica muy probablemente en las oscuras regiones de la psicología¹⁷.

Y conforme avanza el siglo XX, y con él el desmoronamiento del *statu quo* burgués y la llegada de las vanguardias, las guerras mundiales, el Holocausto, la era nuclear y el eclecticismo posmoderno¹⁸, va dejándose

¹⁷ Virginia Woolf, "La narrativa moderna", *El lector común*, Lumen, Barcelona, 2009, págs. 63-64 y 67.

¹⁸ Con las ominosas premoniciones del heraldo negro de W. B. Yeats, "All changed, changed utterly: / A terrible beauty is born" (*Easter 1916*, 1916), arrancó el siglo XX. En

atrás aquella necesidad programática de continuar la tradición de una narrativa constreñida por la necesidad de contar una historia, de contarla en orden (¡el orden social reflejándose en el orden sintáctico, en la cronología y en un punto de vista único y autoritario!) y de contarla *bien*, de seguir el arte del realismo mimético del que se proscriben Mann, Gide, Calvino o Mulisch, y de forma simultánea Kandinsky, Brancusi, o Magritte, y va ganando terreno una nueva tradición narrativa que no puede sino privilegiar el subjetivismo de un individuo alienado por el horror que le ha tocado sentir, y abandonado por un Dios cuya ausencia genera incertidumbre, frente a la omnisciencia de una colectividad autocomplacida y teosófica, y cuyo objetivo ya no es contar una historia ordenada como el mundo de entonces, sino contar cómo se pretende contar una historia

efecto, todo cambió. Y, en efecto, una terrible belleza había nacido, la del arte libérrimo de la vanguardia, que reaccionaba con violencia e imaginación al desmoronamiento del realismo mimético y de su *efecto de realidad*, como lo denominó Roland Barthes en *El susurro del lenguaje*, a la caída del *ancien régime*, del sistema burgués, del colonialismo, de la falsa paz de cabaret y *viennaiseseries* bajo la burocrática tiranía del imperio austro-húngaro, la belleza terrible de las hirientes manchas de color de los *favves*, de las distorsiones y las muecas expresionistas de Kirchner y Egon Schiele, del lóbrego subconsciente exhibido por Ernst o Delvaux. Y con el hastio y el temor a la libertad del verso indolente de John Ashbery, “You felt crushed by the weight of the old twentieth century” (“Coma Berenices”, *Where Shall I Wander*, 2005), concluyó. Sí, te sientes atormentado, aturdido por el peso del siglo XX, por la vertiginosa velocidad con la que atraviesan nuestra retina sus imágenes, Picasso inventándose el cubismo a partir de un cuadro de Cézanne en el cuchitril de su *atelier* de Montmartre, Settembrini inculcándole a Hans Castorp la idea de progreso y de acción en los jardines del sanatorio Berghof de *La montaña mágica* de Mann, la cubierta del Potemkin atestada de bolcheviques, putas y petimetres paseando por Unter den Linden camino de burdeles berlineses infestados por la absentia y el vicio y pintados por George Grosz, *Kaffeehausliteraten* como Schnitzler o Stefan Zweig observan en Viena el fariseísmo burgués de un imperio austro-húngaro que se hunde como un paquebote cargado de magnates y cabareteras mientras un cuarteto de cuerda interpreta con ironía la *Suite lírica* de Alban Berg, la cuchilla cortando el ojo de *Un perro andaluz*, las SA quemando libros degenerados en una plaza de Berlín, milicianos cayendo en blanco y negro ante una cámara indiscreta, el *show up* de Groucho Marx riéndose de los fundamentalismos de principios del XX al pronunciar, habano en mano, “éstos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros”, filas de autómatas saliendo del *stalag* para obedecer la solución final, Charlie Parker entre saxo y alcohol por las calles del East Village, Orson Welles pronunciando la palabra *Rosebud* en *Ciudadano Kane*, Sartre y Camus bebiendo en Les Deux Magots de Saint-Germain-des-Prés antes de que Simone de Beauvoir, Elio Vittorini y Raymond Queneau se reunieran en los despachos de *Les Temps Modernes* en Gallimard, Einstein sacándonos la lengua mientras Benjamin se quita la vida en Port-Bou, el huevo atómico del *Enola Gay* cayendo sobre Hiroshima *mon amour*, el zoom que nos acerca la imagen del presidente Kennedy abatido por el disparo de Lee Harvey Oswald en el otoño de 1963, antes de que Warhol, DeLillo y Norman Mailer la mitifiquen para siempre, un chimpancé, un obelisco y las notas de *Así habló Zaratustra* de Strauss entre la prehistoria y el espacio infinito de la película de Kubrick, la huella de Armstrong en la Luna y las walkirias sobrevolando Vietnam, un póster del Che en un fragmento del muro de Berlín, chucherías de LSD y latas Campbell’s para el consumismo atroz, Mick Jagger contra el sistema y James Bond contra el Dr. No, un Ferrari colgando del techo de una sala del MOMA en Nueva York, Homer Simpson saludando a su audiencia televisiva en *prime time*.

acorde con un nuevo mundo convulso, estremecido y heterogéneo, una historia necesariamente incierta, ambigua, fragmentaria y desordenada (¡el desorden social reflejándose en el desorden sintáctico, en la anacronía y en un punto de vista múltiple y móvil!). Y las palabras de la Woolf constituyen el desafío a esa tradición, la legítima aspiración a su desguace, a su desguace permanente.



Si vols més informació sobre en **Javier Aparicio Maydeu** i la seva obra,
pots visitar [el seu perfil](#) a la web d'**Asterisc Agents**.

Per saber-ne més:

@: info@asteriscagents.com

WEB: www.asteriscagents.com

TW & IG: [@asterisc_ag](#)